

TARTESSOS Y EL TESORO DE VILLENA

POR

NURIA SUREDA CARRION

El profesor Maluquer acaba de publicar un espléndido libro, bajo el título de "Tartessos", magníficamente presentado, con preciosas reproducciones que unidas a las interesantes exposiciones del autor, nos permiten suponer lo que debió ser la famosa cultura de los iberos. Su detallada descripción del tesoro hallado en Villena —una vajilla real de más de 9 kilos de oro y 1 ½ de plata, hallada dentro de una vasija enterrada a poca profundidad en el lecho de una rambla— es, para nosotros, que esperábamos con impaciencia que los arqueólogos expresaran su opinión sobre dicho "tesoro", la parte más interesante del libro por su novedad. Pues, por lo demás, el profesor Maluquer no entra a fondo en los profundos problemas que presenta la hipótesis de Schulten que él sigue fundamentalmente. Problemas que podríamos reducir principalmente a dos: la cronología generalmente aceptada, y la ubicación de Tartessos más allá del Estrecho de Gibraltar.

Las confusiones de los autores antiguos y modernos parten de la evolución hacia Occidente de tres conceptos fundamentales: el de las Columnas de Hércules; el del nombre de Iberia (el cual todavía en tiempos de Polybio, s. II a. de C., sólo designaba a la parte de España del Levante, y que hacia el 29 a. de C. —cuando Estrabon escribió su "Geografía"— se extendía ya a toda la Península), y el nombre del Océano de la Atlántida, "Gran Mar", que designó primeramente al Mediterráneo. Todavía hacia el año 1000 a. de C., en el libro de los Jubileos, se llama al Atlántico "Aguas del Mar" —¿desconocidas?— y "Gran Mar", o sea, Océano, al Mediterráneo. Nombre que pasó posteriormente a designar al Atlántico cuando se conoció.

Por eso, cuando Platón en su "Atlántida" nos dice que el mayor de los hijos de Poseidón, primero en reinar "recibió el nombre de Atlas, que ha servido para designar toda la isla y el mar Atlantikon que la circunda", debemos buscar este Atlántico del cual nos habla Platón, en un lugar más



cercano y más conocido por los griegos del siglo VI, ya que este nombre sólo más tarde pasó a designar al mar que conocemos con este nombre. Tengamos en cuenta además, que el mismo Platón llama a la región de Cádiz “la comarca vecina” que fue la que obtuvo en el reparto el gemelo nacido después de Atlas.

Igual que evolucionó hacia Occidente este Océano, evolucionó también el concepto de las Columnas a medida que se iban abriendo nuevos derroteros marinos y aumentaban los conocimientos, de tal forma que se creyeron situadas en el Atlántico poblaciones que se hallaban a orillas del Mediterráneo. Esta es la razón de que se llegara a confundir Tartessos con Gades, y no, como se ha dicho, a causa del cierre del Estrecho por los cartagineses. En el texto que se halla en el llamado Pseudo Scimnos de Chíos, todavía se sitúa a los tartesios en su verdadero lugar: “A orillas del Mar Sardo (Mediterráneo) habitan en primer lugar los libyfenices; después, según dicen, están los tartesios; a su lado están los iberes” (1). Texto al que no se ha atribuido toda la importancia que merece.

Respecto a la evolución del concepto de Iberia, tenemos un ejemplo digno de considerar cuando Estrabon critica a Poseidonio con las siguientes palabras: “Por otra parte, va contra la evidencia de las cosas el decir (como Poseidonio) que las partes de Iberia y de la Maurosía más alejadas hacia el ocaso, son más secas que las otras, siendo así que poseen un ambiente templado y gran abundancia de agua”. Poseidonio vino a España unos cien años después de Polybio, ¿no sería posible que igual que él, llamara todavía Iberia sólo a la parte de Levante? Y en ese caso, las partes de esta Iberia hacia el ocaso, o sea la región de Almería, no hay duda de que son más secas; pero como Estrabon ya llamaba Iberia a toda la Península, le extraña y lo considera falso. Para Polybio los que habitaban más allá del Estrecho de Gibraltar “eran pueblos bárbaros” y aquella parte de España “no tenía nombre común a toda ella a causa de haber sido conocida recientemente”. En cuanto a la parte de Africa sucedería lo mismo. Según Polybio se llamaba Africa “la parte comprendida entre las Columnas de Hércules y el Nilo”.

Llama la atención el hecho de que todos los españoles trasladados a Africa durante las guerras de Aníbal por los cartagineses, perteneciesen a las tribus de la Iberia de Levante. Polybio es quien nos da los nombres: tartesios, mastienos, iberos, oretanos —¿de la Oretania de Ilorci, Lorca?—, olcades y baleares. Además, la mayoría fueron acantonados en Metagonion, que según Estrabon estaba casi frente por frente de Cartago

(1) García y Bellido, «La Península Ibérica en los comienzos de su Historia», pág. 92.



Nova. Precisamente en Metagonion situaba Eratosthenes —una de las fuentes menos corrompidas— el monte Abilix de las Columnas de Hércules.

Cuando escribe Polybio que los cartagineses “dominaban aquella parte de Africa que mira hacia el Mar Interior” desde la Gran Sirte “hasta las Columnas de Hércules” y que cruzando “el Estrecho de las Columnas” se habían apoderado igualmente de toda España “hasta el promontorio donde acaba, por la parte de Nuestro Mar, la sierra de los Pirineos que separa los iberos de los celtas” (2), los comentaristas identifican este promontorio con el cabo de Creus. Pero el mismo Polybio en la descripción de Sagunto dice de esta ciudad que se hallaba situada junto al mar, “al pie de la sierra que une los extremos de la Iberia y la Celtiberia”, por lo que tal vez debiera interpretarse como el primer dominio cartaginés, antes de que Aníbal cruzase el Ebro. También Plutarco (3) llama a Cástulo, ciudad de los celtíberos. Y Estrabon le critica a Ephoros el hacer llegar “la Céltica hasta Gadéira” y considerar que el celta es un pueblo “philellen”, amigo de los griegos. Todas estas críticas indican claramente la evolución de las distintas regiones, cada uno dijo la verdad de su época. Los que sólo repiten lo que hallan en fuentes antiguas, intercalan viejos conceptos dignos de tenerse en cuenta. Su estudio a fondo tal vez nos explicaría la razón por la que los geógrafos antiguos creían que los Pirineos iban de Norte a Sur, y así Plutarco pudo llamar a los vecinos de Cástulo “pirisenos”.

A la mayoría de autores les parece acertada la identificación de la Atlántida de Platón con Tartessos, que propuso Schulten. Sin embargo, sólo consideran los paralelos de lugar, de topografía, de organización, de riquezas naturales; en una palabra, además del lugar, el desarrollo obtenido gracias a las riquezas. Y pasando por alto detalles tan interesantes relativos a la fundación de la metrópoli de la Atlántida, como el de que en aquellos tiempos “no existían naves ni navegación” y cómo, sus habitantes, acumulando toda clase de riquezas fueron embelleciendo el país, y sobre brazos de mar circulares, “que rodeaban la antigua metrópoli”, empezaron a tender puentes, etc.

Si Platón se ajustó tanto a la realidad como parece, ¿por qué la parte referente a la “antigüedad” de la Atlántida no puede contener también un fondo real? Lo que nos llevaría a admitir una evolución “normal” para

(2) Fundació Bernat Metge. «Polybio», t. II, pág. 107.

(3) Fundació Bernat Metge, «Plutarco», t. VII, Sertorio, pág. 96.



la mítica ciudad, sin hacerla aparecer como por arte de encantamiento con toda su cultura y poderío, llenando también de misterio su fundación y florecimiento al no aceptar una base para ese desarrollo cultural, el cual —si partimos de los tiempos en que no existían naves ni navegación— tuvo que formarse en el transcurso, no de siglos, sino de milenios.

Los científicos se resisten a admitir la parte mítica de la leyenda de Platón; pero son precisamente los “mitos”, los que nos permiten formarnos una idea de su antigüedad. Luego ya entramos en la época histórica, y a partir del año 1000 a. de C., la Historia deja de ser mítica. El día en que los historiadores, todos de acuerdo, acepten el contemplar la Historia como si las llamadas fundaciones míticas —y por lo tanto de fecha dudosa— fueran hechos históricos verdaderos, y olvidándose de todas esas cifras que hasta ahora se dan como ciertas intenten una revisión crítica, puede ser que no se obtengan de esa forma unas fechas completamente seguras, pero sí, una idea más aproximada de lo que sucedió verdaderamente en las edades ignotas.

Un indicio del poco aprecio que se hace de los mitos y leyendas (¡única historia que tenemos de esa edad oscura...!) son las siguientes palabras del profesor Maluquer (4): “Los datos del primer contacto griego con occidente entran de lleno en la categoría que podríamos llamar de colonizaciones míticas y carecen de interés. Pertenecen a este estado de cosas los pretendidos viajes de algunos héroes de la guerra de Troya... Reducir a realidades históricas tales narraciones supera la mejor voluntad y no hemos de insistir en ello”. Sin embargo, él mismo reconoce la existencia en occidente de “topónimos difíciles de explicar de no admitir la presencia de griegos”.

Se trata de los topónimos terminados en -oussa como los antiguos de las Baleares, que como explica muy bien el profesor García y Bellido (5) “no tendrían tal vez mayor trascendencia si a la circunstancia de ser testimonios fósiles de un pasado remotísimo no uniesen la clara oriundez jónica de su terminación” y pone como ejemplo la coincidencia de una larga lista de topónimos todos ellos situados “a lo largo de las costas mikrasiáticas que miran al Egeo”. A esto hay que añadir la información que nos proporciona Estrabon de que los habitantes de las Baleares “fueron los primeros hombres que vistieron el “chitón” griego” (6).

Como estos topónimos surgían con profusión en las costas de Asia

(4) Maluquer de Motes, «Tartessos», Ediciones Destino, 1970, pág. 83.

(5) García y Bellido, «La Península Ibérica en los comienzos de su Historia», C.S.I.C., 1953, pág. 185.

(6) García y Bellido, «España y los españoles hace dos mil años, según la Geografía de Estrabón». C. Austral, n.º 744, pág. 203.



Menor, se creyó ver en ellos una consecuencia de la colonización de los focenses en el occidente. Sin embargo, a juicio del profesor García y Bellido son anteriores y deben datarse, por lo menos, en los siglos IX-VIII a. de C. El mismo considera que a la voz griega Tartessos se le ha dado un sufijo -ssós, corriente en las designaciones geográficas de los jonios o dorios de Asia Menor, donde abundan extremadamente. Huxley (7), por el contrario, atribuye a estas terminaciones una antigüedad mucho mayor —antes del 1900 a. de C.— pues cree que pudieron pertenecer a una lengua poco conocida, relacionada con el hitita: el luwio. De modo que el término Tartessos es también un topónimo “fósil”. ¿No es algo extraño que los mismos griegos la designaran con un nombre anterior al griego? Algunos historiadores piensan que este nombre puede derivarse de denominaciones dadas ya en el segundo milenio por nautas cretenses o carios. Lo que demostraría la existencia de la famosa ciudad, por lo menos, en el segundo milenio a. de C.

Ha quedado constancia de la gran antigüedad de Tartessos, en el hecho de que los mismos griegos la designaran con un nombre, no griego, sino anterior. ¿Cuántos milenios pasarían hasta que a la metrópoli de la Atlántida se la pudiera llamar propiamente “ciudad”? Por lo menos tal como lo entendemos ahora, pues es posible que este concepto fuese distinto en la antigüedad. Homero escribe que en Creta había ¡noventa ciudades! y los historiadores consideran que debemos contentarnos con admitir la existencia de una docena. En el sentido moderno, es posible; sin embargo, tal como lo entendían los antiguos, habría noventa. Lo mismo sucede con las discusiones sobre las 400 ciudades de Turdetania, probablemente, en cierta época, el menor poblado fue considerado “ciudad”, concepto que, como tantos otros, ha ido variando en el transcurso de los siglos. Las fuentes muy antiguas no deben ser interpretadas literalmente si queremos comprender su sentido.

Puede ser que fueran ciudades habitadas sobre todo por agricultores —a pesar de los artesanos especializados— más que ciudades en el sentido mediterráneo. Heichelheim, negaría el nombre de “ciudad” a toda polis griega antes del 650 a. de C. Pero no hay duda de que los antiguos tenían otro concepto distinto.

(7) Huxley, «La historia que inspiró a Homero», pág. 42. «El nacimiento de la civilización occidental». Grant. Ed. Labor, 1966.



Para Childe (8), en la Europa templada, la civilización —la vida urbana y la escritura— fue impuesta por los romanos. Cuando estos llegaron a nuestra Península —basta leer las narraciones que se conocen sobre sus campañas— la riqueza era tan extraordinaria, que no se comprende cómo un pueblo tan rico podía ser tan inculto como él parecía creer. La riqueza favorece el comercio, y el comercio es un medio de difusión de las ideas que habría que tener en cuenta. El mismo Childe escribe: “Una sociedad puede copiar una idea —un invento técnico, una institución política, un rito supersticioso o un motivo artístico— sólo cuando esta idea encaja dentro de la norma general de cultura de la sociedad, en otras palabras, cuando esta sociedad ha evolucionado hasta una etapa que permite la aceptación de la idea”.

Un testimonio de lo pronto que comenzó la vida urbana en Iberia es el poblado de Los Millares, el cual es casi una verdadera ciudad, con murallas franqueadas por torres, la gran necrópolis en el llano exterior y hasta una conducción de aguas hacia el interior del poblado. ¿No se puede llamar a esto civilización? Los Millares se ha comparado a Chalandriani de la isla de Syros, en el Egeo, y se toma como indicio de una verdadera colonización egea, lo que no le parece probable al profesor Bosch Gimpera (9). En cambio Maluquer escribe que “todos los indicios señalan un momento incierto del quinto milenio antes de Cristo para la llegada a nuestras costas de unos navegantes del Egeo que se establecieron en las costas del sudeste peninsular”, lo que puede representar un antiquísimo conocimiento del occidente por los pueblos griegos, de tal forma que jonios, rodios, calcidios, carios o focenses, tendrían una idea bastante clara de estos lejanos países, igual que una verdadera noción de lo peligrosos que resultarían los primeros viajes, antes de que se perfeccionaran las naves. Todavía en tiempos relativamente modernos escribía S. Isidoro: “Dicen que en el mar de Mauritania, no lejos del río Lixo, hay tanta multitud de calamares, que salen del agua y ponen en peligro las naves”. No creemos que los monstruos del Océano fuesen tan imaginarios como se supone, aunque posiblemente, este peligro legendario, asustara todavía cuando ya no había motivo para temerlo, desde el momento en que las naves se habían perfeccionado y las rutas, más frecuentadas, se conocían mejor. Nos podemos imaginar las dificultades que presentaban estos viajes, al ver que en tiempos de Salomón se realizaban sólo cada tres años. En las luchas entre cartagineses y romanos, varias veces nos cuenta Polybio cómo la temeridad de los romanos al intentar

(8) Childe, «Evolución de la sociedad», pág. 103. Ed. Ciencia Nueva, 1965.

(9) Bosch Gimpera, «Las relaciones prehistóricas mediterráneas», pág. 104, sobretiro de Anales de Antropología, IV, México, 1967.



navegar por alta mar, lejos de las costas, los llevó al desastre. Y del conocimiento del mar por los cartagineses tenemos un ejemplo con lo sucedido en Lilibeo (Sicilia) cuando Aníbal el Rodio se atrevió a pasar entre las naves romanas, situadas frente a la boca del puerto para impedir la entrada, rompiendo el cerco y desafiando a los enemigos con su audacia y rapidez en la carrera marítima, pasando veloz entre las naves contrarias que permanecieron inmóviles por temor a embarrancar. Y el mismo Polybio explica "que lo que contribuía a su audacia era el haber marcado detenidamente, gracias a su experiencia, la ruta a través de los bajos para entrar en el puerto. Pues después de haber hecho la travesía, al encontrarse a la vista, como si viniera de la parte de Italia, ponía proa directamente a la torre del mar, de manera que cubriera toda la línea de las torres de la ciudad que miran hacia Africa; y sólo de esta manera es posible, viento en popa, acertar bien la entrada al puerto". Muchos otros que también conocían el camino, animados por el atrevimiento de Aníbal, repitieron la misma gesta, con gran desesperación de los romanos que, al ver la facilidad con que rompían el cerco, se dedicaron a llenar de tierra la boca del puerto, consiguiendo por fin fabricar un terraplén sobre unos bajos, donde embarrancó una nave cartaginesa de la que se apoderaron, y de la que destaca Polybio la calidad de la construcción. Algo parecido sucedería con la ruta de Tartessos, hasta que los nuevos conocimientos adquiridos por los romanos, representaron un peligro inminente para Cartago, soslayado momentáneamente con la prohibición de navegar hacia las Columnas.

El desplazamiento del área activa del Sudeste —época de Los Millares y época del Argar— al Sur, no deja de resultar algo extraño, tanto si pensamos que Tartessos era un núcleo exótico, como indígena. Si indígena, es extraño que emigren de los lugares que han alcanzado cierto desarrollo, y si exótico ¿por qué elegir un lugar más alejado de su patria, con el inconveniente del cruce del Estrecho? ¿No es más lógico que continuara, en una nueva etapa, la tradición de unas relaciones comerciales que ya existían en el sudeste de España desde el tercer milenio a. de C. por lo menos?

La evolución hacia la vida urbana que florece primeramente en el sudeste con la cultura del Argar donde, por primera vez, la arqueología señala grandes diferencias en las tumbas como prueba de un poder concentrado, hace pensar al profesor Maluquer que "la verdadera cuna de



los primeros dinastas deba buscarse en la región del Sudeste, famosa por su rica minería de plata y oro. Es posible que no sea simplemente un hecho casual que el propio nombre de Argantonio pueda relacionarse con la minería de plata”, escribe. Por esta razón, cuando el mismo autor resalta el poderío que marca el predominio de Tartessos sobre los restantes principados, afirmando que el centro político y económico se traslada del Sudeste a la cuenca baja del Guadalquivir, parece una afirmación basada en un prejuicio cuyo origen es la hipótesis de Schulten. En su opinión, a partir de este desplazamiento, Tartessos, “adquiere a la vez prestigio y poderío, puesto que las posibilidades de las tierras del oeste son mucho más amplias que las del sudeste”. Recordemos aquí, que el nombre de Tartessos puede provenir de denominaciones dadas ya en el segundo milenio por nautas cretenses o carios. El mundo tartésico pudo ser el resultado de un proceso milenario, en el que sin faltar los estímulos exteriores, constituyó en realidad un desarrollo autóctono.

Escribió Platón que los reyes de la Atlántida gobernaban “Libia hasta Egipto y Europa hasta Tirrenia”. Nosotros nos imaginamos este Imperio de los reyes de la Atlántida —que con el tiempo fue llamada Tartessos y disminuyendo en extensión— igual a la Mesopotamia, del tercer milenio a. de C. donde la arqueología descubre una cultura, completamente homogénea, estando sin embargo el país dividido políticamente hasta el 2350 a. de C. en un número de ciudades Estado bastante autónomas, que libraban a menudo entre sí guerras sin cuartel.

Es necesario pensar en el Imperio de los tartesios como resultado de un proceso natural: una evolución. Su crecimiento es un proceso en el tiempo, pero no se trata de siglos sino de milenios. Por eso es difícil de establecer el curso real de su evolución. Para una resurrección verdadera de culturas extinguidas, hace falta un examen y una excavación sistemáticos e intensos, ¿cómo sería posible en este caso puesto que se trata de milenios y de límites difíciles de fijar? El Imperio de los tartesios comprendería grupos culturales locales, ciudades Estado que en el transcurso de los siglos se consolidan sin solución de continuidad con vida y civilización propias. Incluso en la prehistoria, cuando el cambio de cultura en una región es tan brusco y tajante que se habla de que una cultura sustituye a otra y se infiere la conquista de una región por una sociedad extranjera, la mayor parte de los antiguos logros se conservan y son incorporados a la nueva cultura (10).

Quisiéramos llamar la atención sobre cierta influencia que tal vez no pueda llamarse propiamente griega, *anterior a la fenicia*, y que en

(10) Gordon Childé, «Evolución de la sociedad».



España observamos que no se aprecia lo suficiente ni se le atribuye la importancia que posiblemente tuvo. Actualmente, las formas de lazos y curvas como volutas, que parecía representaban temas del arte egeo o prehelénico, se identifican como elementos de decoración jónica, importados por los fenicios (11). ¿No concederán, en general, los arqueólogos demasiada importancia a la influencia fenicia en España? Los fenicios, simples comerciantes, pueblo que ni siquiera supo crear un arte propio, que se aprovechaban todo lo que podían, cambiando el oro y la plata por "baratijas", no podemos creer que hayan ejercido tanta influencia como se les atribuye, a pesar de que llegarían mucho antes de la fundación de Gádir, que posiblemente no fue fundada hasta la época cartaginesa.

La historia de los tres viajes de los tirios en su intento de establecerse en España, pueden representar tres etapas distintas, como piensan algunos historiadores, y separadas por muchos siglos, incluso por milenios. Afirmaba Saavedra (12), que hasta la última etapa no se atreverían a cruzar la temida angostura del Estrecho. Y pudo ser con posterioridad a la fundación de Gádir, si efectivamente hubo una Gádir oriental en la moderna Gador según la tesis de Movers seguida por Siret.

En el tercer milenio a. de C., ya estaban los fenicios instalados en el Líbano y construían navíos de alta mar; ¿no pudieron llegar a Almería? Alguna fuente indica que cuando llegaron los fenicios los indígenas no sabían tratar los metales, por lo que cambiaban la plata por objetos de ínfimo valor, adquiriendo así grandes riquezas. En la relación de Poseidonio —citada por Diodoro— se dice "mucho más tarde, también los iberos llegaron a conocer las propiedades de la plata y construyeron importantes minas". Las minas más antiguas se hallan en la provincia de Almería, explotadas ya desde el 3000 a. de C. por los que Schulten llama "pretartesios", lo que plantea un problema a los especialistas que lo solucionan considerando errónea la relación de Poseidonio. No deja de ser curioso, que variando la cronología establecida —fechas que, además, siempre están expuestas a revisión— y la situación de Tartessos, hallan una solución lógica los problemas que presentan todas estas fuentes.

Es igual que lo que sucede con la fecha sobre la fundación de Cartago, pues el origen de los Juegos Olímpicos, única referencia, es muy

(11) Cossío-Pijoan, «Summa Artis», t. VI.

(12) Saavedra, «Mastia y Tartessos y los pueblos litorales del sud-este de España en la antigüedad», Murcia, 1929.



dudoso —nos lleva a los “mitos” ¡cómo no!— y Atreo ordenó por segunda vez que fuesen celebrados hacia el año 1250 a. de C. Se llevó un registro con la lista de los vencedores a partir de 776 a. de C., de modo que ésta es —para los científicos— la fecha de la primera Olimpiada. Timaios, a quien se atribuye la indicación de la fecha sólo dice que Cartago fue fundada 38 años antes de la primera Olimpiada; ¿no pudo referirse a la primera Olimpiada de Atreo, o haberlo tomado de una fuente que no se refiriera al 776? ¡Cuántas fuentes que hablan de los “cartagineses” antes de su existencia reconocida se aclararían!

Señala el profesor Maluquer que los escritores se han recreado en presentarnos el comercio inicial fenicio como si se tratara de unos embaucadores que explotaban a los indígenas ávidos de novedades y desconocedores del verdadero valor que tenía el metal en Oriente, “la población tartésica no puede considerarse “primitiva”, era un mundo relativamente civilizado, conocía bien las posibilidades de los metales, por cuanto practicaba una rica metalurgia. Apreciaba el oro y la plata, puesto que fabricaba desde épocas muy antiguas magníficas joyas y tenía una estructura política capaz de darse cuenta rápidamente de las posibilidades que ofrecía la presencia de mercaderes orientales en sus costas”, escribe; sin embargo sus palabras pueden aceptarse como una explicación de lo que era la vida de los tartesios en el s. XI o IX a. de C.; ¿y dos mil años antes o tal vez más? Esos primeros contactos de los fenicios con España pudieron muy bien tener lugar hacia el 3000 a. de C., momento en que la población tartésica comenzaba a explotar las minas de Almería, por lo que todavía no tendrían un concepto claro del valor de la plata, como lo tuvieron con toda seguridad en el s. IX.

Según los investigadores modernos, en las fuentes antiguas se confunden fenicios y cartagineses, cuestión que habría que estudiar a fondo partiendo de una hipótesis que aceptara las fundaciones míticas. En su estudio sobre los “Orígenes de Roma” escribe R. Bloch (13): “Muchas literaturas han venido a demostrar hasta qué punto las tradiciones orales pueden conservarse de modo fidedigno de generación en generación y en cada esfera de la historia antigua, la investigación moderna viene haciendo resaltar el sólido núcleo de realidad que existe tras las leyendas... Con frecuencia un análisis minucioso demuestra que tras los retorcidos hechos hay una sólida base de realidad”

Como ejemplo, tal vez fuera digno de considerar lo que leemos en la Odisea: describiendo los peligros del Estrecho cuenta Homero que “tan sólo logró doblar aquellas rocas una nave surcadora del ponto, Argos, por

(13) Raymond Bloch, «Orígenes de Roma», Ed. Argos, Barcelona, 1962.



todos tan celebrada, al volver del *país de Aletes*; y también a ésta habríala estrellado el oleaje contra las grandes peñas, si Hera no la hubiese hecho pasar junto a ellas por su afecto a Jasón". El "país de Aletes", ¿sería la zona de Cartagena? Según Polybio, a quien se debe una descripción exacta de las minas de Cartagena, su descubridor se llamaba Aletes. Y nos da también los nombres de las cinco colinas de la ciudad: la del templo de Asklepiós; la del magnífico palacio "obra según dicen de Asdrúbal"; la colina de Hephaistós; *la de Aletes* y la de Cronos. En esta región hay también un río que se llama Argos, ¿otra coincidencia más?

Charles Morazé escribía con gran acierto: "los mitos son los que nos dejaron narrado más de novecientos mil años de actividad prehistórica. Reconocer el lugar esencial de lo imaginario en la historia, añadir las leyendas a los anales y las obras de arte a los archivos, sirve para arrojar una luz sobre los antiguos milenios oscuros, para profundizar en las razones inspiradas en las cronologías".

En cuanto a Tartessos tal vez convendría dar algo más de importancia a los "mitos": Geryón, Habis, Gargoris, son reyes míticos de Tartessos; sin embargo, en época de Theron o de Argantonio las fuentes dejan de ser míticas, ¿por qué?

Achacar el arcaísmo de los hallazgos arqueológicos a la "impericia indígena", en un país con una tradición artística tan rica —pinturas rupestres— y una fama de cultos tan antigua, nos parece excesivo. Debemos pensar que primero los cartagineses y luego los romanos con sus expoliaciones, nos habrán privado de todo lo que se pudiera fundir: oro, plata o bronce, ¿cuántas esculturas interesantes perecerían convertidas incluso en moneda? ¿No le dijo Viriato a su suegro Astolpa que si tenía todas aquellas riquezas era por la protección de su lanza? ¿Y los que no tuvieron un Viriato para defenderles? ¿Por qué el lujo y la riqueza llegaron tan rápidamente a Roma cuando los romanos iban conquistando a España? Y hay que advertir que los mismos romanos tuvieron su capital en Córdoba, no en Cadiz, ni siquiera en Ilipa, que llegó a ser tan importante.

¿No pertenecerá el tesoro hallado en Villena a la civilización verdaderamente tartesia? Para el profesor Maluquer (14), la gran importancia de dicho tesoro es la relación que existe con los numerosos poblados de la Edad del Bronce en los alrededores de Villena, en uno de los cuales, el más importante, se halló el taller de un orfebre. "En todos ellos, escribe, vemos

(14) Maluquer de Motes, «Tartessos». Ediciones Destino, pág. 128.



aparecer una cultura material indígena que sigue la tradición de la civilización argárica... Cuencos como los de Villena aparecen en otros marcos europeos, aunque con menor riqueza y variedad. El origen de los hallazgos europeos conocidos es misterioso, y es muy posible, ahora que comenzamos a conocer la potencia de nuestra orfebrería indígena, que algunos deben ser considerados como verdaderas exportaciones hispanas... La belleza y a la vez la perfección técnica de estas piezas permite considerarlas como las obras maestras de la orfebrería europea de la Edad del Bronce”.

Califica el autor las piezas de este tesoro de “orfebrería indígena *pre-tartesia*, de una técnica que podríamos calificar de primitiva, y que se halla en la misma línea de los primeros ensayos de la época del vaso campaniforme... Esta orfebrería nos ofrece, en realidad, el panorama de una sociedad acostumbrada a la opulencia y a la ostentación, es decir, la presencia de un campo abonado y receptivo para asimilar toda la corriente orientalizante que desencadenará la actividad comercial fenicia desde los núcleos litorales”.

Nosotros, que creemos que Tartessos fue fundada mucho antes de lo que se supone, consideramos que el tesoro de Villena pudo pertenecer a las pocas obras de orfebrería verdaderamente tartesias conocidas hasta ahora. Igual que los famosos platos de plata de Abengibre. Estos reyezuelos indígenas, comiendo en vajillas de oro “con anterioridad a la existencia de Tartessos”, estos poblados con sus propios orfebres, indican un grado de cultura poco corriente, y para alcanzarlo habrán necesitado una tradición por lo menos milenaria, si tenemos en cuenta la lenta evolución de la cultura en sus primeras etapas. Incluso el hecho de que aparezcan en otros marcos europeos cuencos como los de Villena, que deben ser considerados como verdaderas exportaciones hispanas, parece indicar la tradición comercial de los tartesios en busca del estaño y del ámbar. Incluso el profesor Maluquer cree que se debe buscar hacia el Sudeste la cuna de los primeros dinastas de Tartessos, ¿cómo se puede fundamentar su tardío desplazamiento hacia Andalucía?

Los fenicios, hasta la época cartaginesa —que comenzaría mucho antes de lo que se cree— no conseguirían instalarse en España (como es de suponer por la historia de los oráculos adversos). Sus primeros viajes —¿hacia 3100 a. de C.?— se reducirían a aprovecharse de la ignorancia de los indígenas; con el tiempo y la llegada de los tirsenos (o carios, mejor, los grandes navegantes de las Cícladas) la relación con los fenicios cambiaría, empezando el recelo de los indígenas ante el espíritu comercial fenicio. Probablemente por la competencia cretense —los carios convertidos ya en tripulantes de los barcos de Minos— intentarían los fenicios establecer



colonias dominando a los tartesios, lo que por fin consiguen después de la batalla naval con Theron, cuando Gades estaba recién fundada —la oriental o la verdadera— posiblemente en época ya cartaginesa. Se ha intentado rebajar mucho la fecha de su llegada a las costas españolas, por la falta de hallazgos en Cádiz, sin embargo las fuentes insisten mucho al indicar las grandes riquezas que consiguieron los fenicios a costa de la ignorancia de los indígenas. El tesoro hallado en Villena viene a demostrarnos que, una de dos, o los fenicios llegaron antes de lo que se supone, o los indígenas no eran tan ignorantes como se había creído.

Estrabon escribe que poseían lo mejor de Iberia hasta el punto de que las mejores ciudades turdetanas eran habitadas por ellos. El llamaba Iberia a toda la Península, pero si en tiempos de Polybio este nombre designaba solamente a la parte de Levante, la noticia de Estrabon provendría de una fuente que todavía situaba la Turdetania en el Sudeste. Alude el profesor Maluquer a que con demasiada frecuencia se han esgrimido ciertas alusiones bíblicas del libro de los Salmos para suponer que los fenicios someterían a los tartesios. Schulten se inclina a admitir ese dominio fenicio y que Tartessos se liberaría con la caída de Tiro. Para Maluquer los datos no autorizan a interpretar ese dominio territorial efectivo de Tartessos por los fenicios, aunque sí evoca de hecho su monopolio comercial, pues considera que la costa de Málaga, Granada y Almería “nunca estuvo integrada plenamente al dominio tartésico”, ya que es mencionada la población de este territorio como “blastofenices o libiofenices nunca como tartesios”. El hecho de que estas poblaciones se mencionen como “blastofénices”, indica claramente ese efectivo dominio fenicio de algunas ciudades turdetanas. El Periplo atestigua que los libiofenicios y fenicios habitaban hasta cerca de Cartagena, y Apiano y Ptolomeo hablan de fenicios en la comarca de los Bástulos. Esto, ciertamente, no presupone un dominio efectivo sobre la cuenca baja del Guadalquivir como escribe el profesor Maluquer, pero ese territorio es precisamente el que nunca estuvo integrado plenamente al dominio tartésico en sentido estricto.

La política filohelena de Argantonio, pudo ser verdaderamente interesada, buscando unos aliados que les librarán de caer de nuevo bajo el yugo tirio. De la liberación de Tartessos tenemos una prueba en que Amilkar tuvo que “reconquistar” Iberia.

Todo lo que hemos expuesto anteriormente nos afirma en la convicción de que mientras los científicos no acepten la posibilidad de la existencia



de Tartessos con anterioridad a las noticias escritas, no se podrá adelantar nada, ni siquiera en cuanto a su posible situación.

Si efectivamente estuvo situada en un “estuario” puede ser que esta palabra no designara la desembocadura de un río, como creyó Schulten, porque Estrabon, que escribe de Cartagena “es el emporio más grande de las mercancías que vienen por mar destinadas a los habitantes del interior y de los productos del interior destinados a todos los forasteros” en su descripción de la exportación en Turdetania da un sentido distinto a la palabra “estuario” al indicar que esta exportación se realizaba por los ríos y estuarios. En opinión de Schulten, como estuarios se califican las desembocaduras de ríos que fueron ampliadas por la influencia de la marea. El nombre de estero (o estuario), escribe, se deriva del latín “aestuarium”, y esta palabra viene, a su vez, de “aestus”, la marea, porque la marea penetra profundamente en las desembocaduras de los ríos, en forma de manga, ensanchándolas.

Pasemos por alto el detalle de que aquí se encuentra “La Manga” —¿otra casualidad?— para considerar que estos estuarios Estrabon los compara “a barrancos medianos o cauces de río, que a veces se quedaban secos, que eran navegables en las frecuentes inundaciones”. En esta ocasión, la palabra “estuario” no significa exactamente desembocadura de un río; por lo menos Estrabon establece una diferencia entre río y estuario con su frase: “se pueden subir no menos que los ríos si no mejor aún”. De modo que estuario era una rambla navegable en las frecuentes inundaciones, gracias a las pequeñas lagunas que se formaban. Palabra que se relacionaría con “laguna, marisma, piscina junto al mar”. En América, donde al parecer el vocablo tuvo y conserva vida más lozana, a menudo se refiere a parajes del Interior continental significando: “laguna que forman en su desembocadura los afluentes de un gran río”; “canal que une dos ríos”; “marisma en un valle”; “laguna alargada en forma de canal”; “antiguo brazo de río o meandro desecado”; “terreno bajo y lagunoso”; “laguna formada por un río en las llanuras de suelo arcilloso”, etc. Y así, aplicando este vocablo no sólo a la costa, sino también al interior, se comprenden mejor las siguientes palabras de Estrabon:

“También los canales (¿los estuarios?, o sea, los barrancos) que hay por allí contribuyen a que el comercio pueda llegar de muchas partes y salir por muchas partes, lo mismo el que hay entre los indígenas como el que se hace con los forasteros. E igualmente las confluencias son útiles en el momento de las frecuentes inundaciones, porque ellas, mientras por lo general están separadas por los istmos que impiden su unión, resultan navegables (en tiempos de inundación) de manera que se puede pasar de



los ríos a los estuarios y viceversa". Llama la atención que emplee casi las mismas palabras para indicar la exportación en Turdetania, que la que se hacía desde Cartago Nova "el emporio más grande de las mercancías" "¿cómo no cita Híspalis, ni Ilipa, ni ninguna otra ciudad andaluza como el emporio más grande de la exportación en Turdetania? Y las inundaciones del Segura son de todos conocidas.

El tesoro de Villena, hallado a poca profundidad en el lecho de uno de estos estuarios que describe Estrabon, nos hace pensar que pudo pertenecer a un botín de guerra que fue a parar al río en el momento en que se trasladaba.

Es una pena que el profesor Maluquer no haya profundizado más en los problemas que presenta la hipótesis de Schulten, pues su libro es extraordinario y se lee agradablemente. Su perfecto estudio y análisis de los distintos hallazgos resulta interesantísimo.

El pasado año publicamos un libro —"Hipótesis sobre Tarschisch"— con la intención de suscitar ciertos replanteamientos del tema. Con nuestra hipótesis no pretendemos imponer los mitos como realidad histórica, sino subrayar el fundamento científico que se esconde tras ellos. El aprovechar todas las posibilidades de los nuevos hallazgos y las fuentes escritas queda para los auténticamente iniciados o impuestos en la materia. A ellos queremos recordar las palabras de Ramón y Cajal (15): "Aún siendo errónea, una hipótesis puede servir eficazmente al progreso con tal que esté basada en nuevas observaciones y marque una dirección original al pensamiento científico. Y en todo caso, la explicación rechazada por falsa siempre tendrá una ventaja: la de restringir, por exclusión, el campo de lo imaginable, eliminando soluciones inaceptables y causas de error. Con razón dice Le Bon "que quien rehusa escoger la hipótesis por guía, debe resignarse a tomar el azar por maestro".

Hemos escogido la hipótesis por guía. Pero teniendo en cuenta que el hecho nuevo lo descubre, no quien lo ve primeramente, sino quien merced a una técnica habilidísima, sepa mostrarlo con entera evidencia, logrando llevar la convicción al ánimo de todos —técnica que a nosotros nos falta, como nos falta también un buen equipo científico— el trabajo que espera a los que intenten desarrollar bien esta hipótesis que hemos intentado señalar, es ímprobo, y se halla fuera de nuestras posibilidades. Lo malo es que el camino se presenta difícil para los investigadores consagrados. Esperemos que, a pesar de todo, alguno se decida a recorrerlo. El triunfo es suyo.

(15) S. Ramón y Cajal, «Reglas y consejos sobre investigación científica», Madrid, 7.ª edición, 1935, pág. 179.

